

## LIBRO VIGÉSIMOQUINTO

### EL IMPERIO DE MAXIMILIANO

- SUMARIO: I.—El general Bazaine: bajo qué auspicios inauguró su mando.—¿De qué política iba á ser instrumento?—Campaña militar durante el otoño de 1863; adhesiones al nuevo régimen. De qué manera todo parece preparado para el imperio.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—Maximiliano; su juventud, sus tendencias.—Primeras negociaciones para la corona de México: el proyecto queda luego en suspenso.—La Asamblea de notables (julio de 1863).—Los delegados mexicanos van á Miramar y ruegan al príncipe que se digne reinar en México.—Contestación del archiduque y cuáles son sus verdaderos sentimientos.—Algunos avisos procedentes de México, de las potencias de Europa y de la misma Francia hubieran debido desengañar á Maximiliano.—Avisos procedentes del Cuerpo legislativo; demanda de créditos suplementarios: la discusión del mensaje, Thiers y Berryer (25 de enero de 1864).—Noticias favorables sobre la pacificación de México que vienen á confirmar al archiduque en sus fatales ilusiones.—Viaje del archiduque Maximiliano y de la archiduquesa Carlota á Bruselas, á París y á Londres.—La *Convención de Miramar*, elaborada entre Napoleón y el futuro soberano: carácter de esta convención y de qué modo pone al príncipe en la imposibilidad de cumplir sus compromisos antes de poder reinar.—Últimos incidentes y últimas demoras.—Maximiliano acepta oficialmente la corona de México (10 de abril de 1864).—Últimos días pasados en el castillo de Miramar y salida para México.
- III (*Extracto del texto de La Gorce*).—Llegada á Veracruz y recibimiento de la población mexicana.—Los partidos en México y de cómo Maximiliano evoluciona hacia los liberales.—Esta evolución deja adivinar de qué manera serán resueltas las cuestiones religiosas: los bienes eclesiásticos; el nuncio del papa: decreto del emperador confirmando de un modo general las ventas de los bienes de la Iglesia.—Las victorias militares conjuran por algún tiempo las dificultades; campaña en el Norte de México (verano y otoño de 1864); Juárez obligado á huir á Chihuahua: operaciones al Sur: sitio y toma de Oajaca (febrero de 1865).—La pasajera esperanza de una pacificación completa cede el puesto á nuevas inquietudes: operaciones militares en el litoral del Pacífico, en el Michoacán y en las provincias septentrionales del imperio.
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—Aspecto general del gobierno de Maximiliano: el espíritu público; los funcionarios; el ejército; causa particular que inspira la timidez; obstáculos que la naturaleza y las costumbres ponen á la pacificación: las riquezas del país permanecen inexploradas; la situación financiera, empréstitos de 1864 y 1865, lo que saca de ellos Maximiliano.—El emperador Maximiliano: sus cualidades y sus defectos.—Los dos poderes: Maximiliano y Bazaine: primeras desavenencias: relaciones de ambos hasta fines de 1865.
- V (*Extracto del texto de La Gorce*).—Los Estados Unidos: cómo consideran desde su origen la expedición de México; cómo se niegan á asociarse á la convención de 31 de octubre.—De cómo las dificultades de la guerra separatista paralizan su hostilidad: diversos síntomas de malevolencia.—Los Estados Unidos se niegan á reconocer á Maximiliano.—Fin de la guerra separatista.—El gabinete de Washington gradúa sus osadías: sucesos diversos; ensayos de colonización en el Norte de México; incidentes de fronteras en la región de Matamoros.—Los Estados Unidos insisten en que se proceda á la evacuación.—Extrema tirantez de relaciones entre los gabinetes de París y de Washington.
- VI.—La Francia; sus disposiciones acerca de México.—El Cuerpo legislativo; su actitud; sus críticas en el terreno financiero.—La opinión pública.—La censura, discreta, pero muy clara, llega hasta el emperador.—Lenguaje de la prensa á principios de 1866.—En el acto de inaugurar la legislatura el emperador anuncia las negociaciones para la evacuación.
- VII.—Cómo empieza el año de 1866 en México: ilusiones que aún subsisten en la corte de Maximiliano.—Envío de Almonte á París.—Gobierno de Maximiliano: ejército; grandes apuros financieros.—Fracaso de las peticiones de Almonte: el *Monitor* de 5 de abril y la nota de 31 de mayo; cómo puede explicarse la extremada dureza del gobierno francés.—Consternación en México; opiniones diversas.—Salida de la emperatriz Carlota para París.

#### I

El general Bazaine había tomado el mando de las fuerzas francesas en México el día 1.º de octubre de 1863. Hemos dicho los favorables auspicios bajo los cuales inauguró sus altas funciones. Oficiales y soldados, medianamente confiados en Forey, saludaron con alegría al nuevo general poniendo en él sus mejores esperanzas. El cuerpo expedicionario, aumentado con una brigada de reserva desembarcada en la primavera y con diversos destacamentos que se escalonaron durante el verano, se elevaba entonces á 34.000 hombres. No hubo jamás ejército más fuerte, ni más aguerrido, ni más valiente. A dichas tropas había que añadir los contingentes indígenas, ni muy numerosos todavía, ni muy adiestrados, pero que aumentarían sin duda á medida de

nuestras victorias. En la región de México, la paz pública parecía consolidada, y la importancia de nuestros efectivos permitía ensanchar bastante el círculo de nuestra acción. Además hay para todos los poderes una era casi siempre fácil, que es la del principio. En esas horas privilegiadas, una especie de buena voluntad general suaviza los dispendios y conjura las crisis: ya empiezan á surgir las dificultades, pero no han alcanzado todavía el período agudo: las esperanzas no se han visto defraudadas aún y el espíritu de hostilidad permanece en estado latente. Bazaine llegó á esa hora propicia, y su habilidad, real aunque algo vulgar, iba á ser suficiente, por algún tiempo al menos, para imaginar expedientes, encontrar soluciones interinas y retrasar las grandes dificultades.

¿De qué política iba á ser instrumento el general Ba-

zaine? En la primavera de 1863, los lentos progresos de nuestro ejército, la inercia del partido reaccionario, lo largo del sitio de Puebla habían determinado en París una especie de movimiento de retroceso: la prueba se halla en las cartas del mariscal Randon y hasta en los despachos de Drouyn de Lhuys. El ministro de Negocios extranjeros, como antes dijimos, encargaba á Forey que procurase ponerse de acuerdo, después de la victoria final, con el jefe mexicano que más probabilidades tuviese de dominar las facciones, que determinase en su favor un voto nacional y que le abandonase la reorganización del país. De esas modestas miras á la amplia concepción de una monarquía la distancia era grande. Cuando Forey, aún no en posesión de esos despachos y creyendo ajustarse á la idea de Napoleón, convocó la Asamblea de notables de la cual salieron la proclamación de la monarquía y la elección de Maximiliano, esta manifestación pareció excesiva, prematura y torpe. La cesantía de Saligny fué considerada como un nuevo indicio de cambio de miras. Pero si hubo vacilación ó arrepentimiento, las huellas se borraron pronto. Al tomar posesión de su mando el general Bazaine recibió de Drouyn de Lhuys dos despachos que devolvían al programa imperial toda su magnitud. Este programa se inspiraba en el más amplio liberalismo. El ministro desautorizaba toda política reaccionaria y repetía hasta la saciedad que no había de ejercerse presión alguna sobre la nación mexicana. La decisión de la Asamblea de notables, decía, es un *indicio*, un indicio nada más; y añadía: «Es de las entrañas mismas del país de donde debe salir su regeneración...» Tal era la parte concedida al espíritu moderno, tal el culto rendido al derecho popular. Pero, á través de esos miramientos de lenguaje, aparecía un designio muy claro y resuelto. No, no se desaprobaban los planes monárquicos; lo único que se desaprobaba eran los procedimientos demasiado autoritarios de Forey y de Saligny, dispuestos á aceptar como suficiente un simulacro de consulta nacional. Drouyn de Lhuys hablaba de la elaboración «del nuevo régimen político que habría de reemplazar en México el estruendo de las armas.» Y añadía, siempre con la reserva de la consagración plebiscitaria: «Aplaudimos la elección del príncipe eminente que la Asamblea ha llamado al trono (1).»

Estas instrucciones imponían al general Bazaine una tarea bastante considerable. Los partes imperiales no hablaban más que de paz, de regeneración, de libertad. Pero lo que se esperaba que acabaría por un abrazo general había de empezar con las armas en la mano. Para recoger los votos, las aspiraciones del pueblo mexicano, habría que llegar hasta él; y para llegar hasta él habría que internarse en las inmensas provincias sustraídas todavía á nuestra acción. De aquí la perspectiva de una campaña bastante laboriosa por lo vasto del radio en que iba á operarse. Afortunadamente todo concurría entonces á facilitar nuestra obra. Con el otoño iba á empezar la estación más propicia para las marchas militares. Nuestras recientes victorias y la acogida que se nos había dispensado en México habían debilitado entre nuestros adversarios el espíritu de resistencia. Para el caso de que surgieran algunas dificultades, se con-

taba con Bazaine para vencerlas; nadie ponía entonces en duda la previsión y actividad de este general.

El primer cuidado del comandante en jefe consistió en asegurar su línea de comunicación con el mar. A este fin, hizo ocupar sólidamente Puebla, Tehuacán, Orizaba, Córdoba y Jalapa. Asegurado así contra toda sorpresa, preparó el gran movimiento ofensivo que había de llevarlo al corazón del país. De México partían dos carreteras que, dirigiéndose ambas hacia el Noroeste, servían distritos en general ricos y bastante poblados. La primera pasaba por Toluca, Morelia y La Barca; la segunda, mejor conservada, pasaba por Querétaro, León y Lagos: una y otra conducían á Guadalajara. Desde allí el camino se prolongaba hasta San Blas, situado en el litoral del Pacífico (2). El que se asegurase de estas dos arterias podría aspirar á la conquista de todo México, pues con eso el adversario, cuyas fuerzas se hallarían divididas, se vería arrojado, así al Norte como al Sur, hacia las provincias menos habitadas y menos fecundas en recursos. Bazaine dispuso su plan conforme á estas consideraciones. Organizó dos gruesas columnas: una compuesta de la división Castagny (3), á la cual se agregaron los contingentes de Marquez, y otra formada de la división Douay, reforzada á su vez con los auxiliares de Mejía. Ambas fueron dirigidas hacia Guadalajara, la columna Douay por la carretera de Querétaro, y la columna Castagny, con la cual iba Bazaine, por la carretera de Morelia. La nueva campaña fué tan rápida como lentas habían sido las operaciones primitivas. Las dos columnas, siguiendo cada una su itinerario fijo, avanzaron á paso ligero, andando hasta ocho y nueve leguas al día y picando la retaguardia á las partidas enemigas. Los juaristas veían disolverse sus contingentes y sentían desvanecerse sus últimas esperanzas. No se daba ninguna batalla general, sino simples escaramuzas; en cambio se experimentaban grandes fatigas causadas por la longitud de las etapas y, en ciertos puntos, por lo dificultoso de los caminos. Más que una guerra, fué un paseo militar, pero un paseo singularmente rudo, que exigía un jefe previsor y tropas aguerridas. Ocuparon sucesivamente Querétaro, Acambaro, Morelia, Guanajuato, Silao, León y Lagos. Los únicos encuentros de alguna importancia fueron un ataque de Uruga contra Morelia defendida victoriosamente por Marquez, y un brillante combate de caballería librado por el coronel Margueritte delante de Zamora. En 5 de enero de 1864 los franceses entraron sin resistencia en Guadalajara, la segunda ciudad de México por su población y sus recursos. Al mismo tiempo, Mejía, corriendo hacia el Norte, se apoderó de San Luis de Potosí, ya abandonado por Juárez que se instaló algo más tarde en Monterey. Igualmente que jefe militar, Bazaine era agente político, mejor dicho, agente electoral; y cuidaba de no olvidarlo. De paso organizaba la consulta nacional de que había de salir el Imperio. En cada población los municipios preparaban adhesiones, y estas adhesiones eran consignadas en actas que, reunidas luego, iban á ser ofrecidas al futuro emperador como prueba de las simpatías que México le reservaba.

Bajo tales auspicios empezó el año de 1864. A los

(2) Véase el mapa de la pág. 480.

(3) El general Castagny había substituído en el mando de una de las divisiones al general Bazaine, elevado al mando en jefe.

(1) Véase *Documents diplomatiques*, año 1863, págs. 127-130.



ojos de todo observador atento aparecían ya los gérmenes de las dificultades que no habían de tardar en desarrollarse para llevar después la confusión á todas las cosas. Pero las apariencias eran asaz brillantes, y forzando ligeramente los colores, no era imposible, sin alterar mucho la verdad, componer para uso de Europa un cuadro seductor. En 27 de noviembre de 1863, el general Almonte había anunciado al archiduque Maximiliano que las tres cuartas partes del territorio y las cuatro quintas partes de la población estaban ganados para el Imperio. Anunciaba, igualmente, la retirada de Juárez, el desconcierto de los liberales y la marcha triunfal del ejército franco-mexicano. Confesaba que había algunas dificultades en el orden religioso, pero sin insistir mucho sobre tan desagradable complicación. «La resistencia, añadía Almonte, no consiste ya sino en actos aislados de banditismo; la represión de esos desórdenes es cuestión de policía y de gendarmes... Considero el Imperio como un hecho consumado.» Y saludando ya al príncipe con calificaciones soberanas, concluía en estos términos: «Espero, señor, recibir pronto la noticia de la venida de Vuestra Majestad (1).» Así se expresaba el personaje que resumía en sí al *Consejo de Regencia*. Este es el momento en que el archiduque entra definitivamente en escena. Según los aduladores, á él tocaría pronunciar la palabra decisiva que iba á fijar los destinos de México.

## II

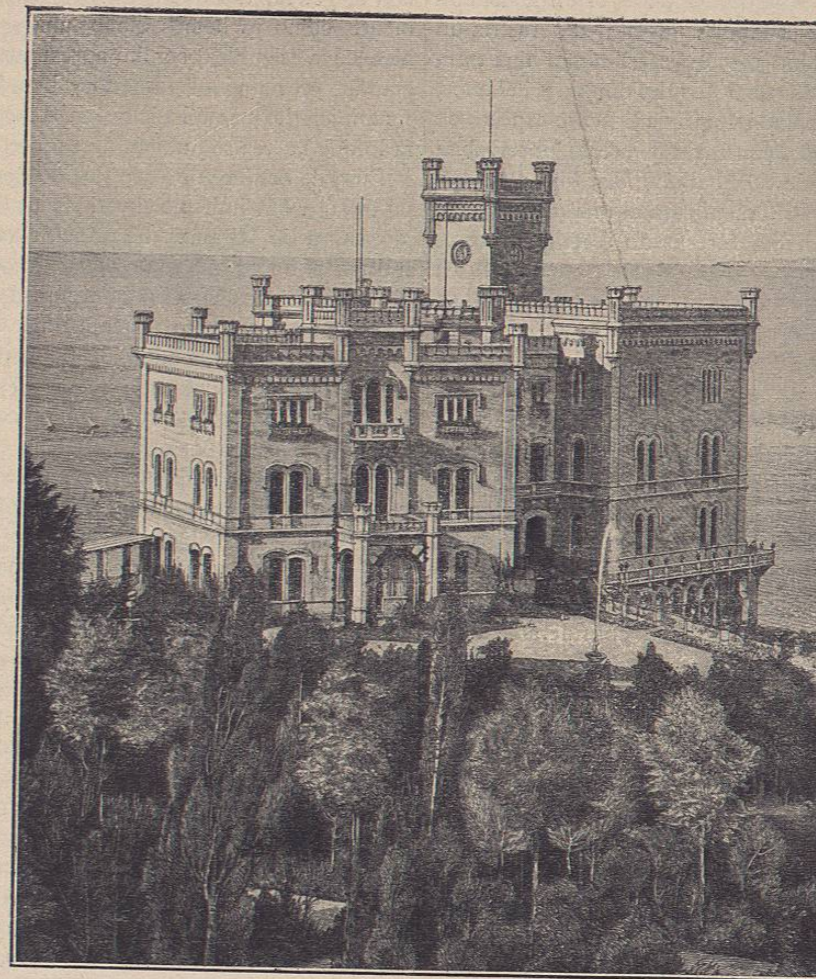
El que el mundo iba á conocer con el nombre de emperador Maximiliano había nacido en Schenbrunn el día 6 de julio de 1832. Era hijo segundo del archiduque Francisco Carlos y de la princesa Sofía de Baviera. Su hermano mayor, Francisco José, había ceñido en 1848 la corona de Austria. Tan próximo al trono, el joven archiduque parecía destinado á esa vida fastuosa y algo estéril de los príncipes á quienes su sangre promete todos los esplendores, pero que se harían sospechosos de arrogarse las atribuciones del monarca si desplegasen una actividad excesiva. Como muchos segundos de sangre real, Maximiliano sintió pronto la impaciencia de aquella brillante servidumbre. Tenía sed de aventuras, visiones de gloria y, en medio de las dissipaciones de la juventud, se lanzaba hacia un mundo ideal. Una de sus pasiones fué el mar. Este le ofrecía la imagen de lo desconocido y evocaba en su alma esperanzas infinitas. Era aficionado á los contrastes: primer príncipe de la sangre en una monarquía casi únicamente continental, parecía natural que ciñese la espada: pues esto bastaba para que desdeñase lo que parecía la suerte común. Su mirada se fijó en ese rincón meridional del imperio en que el Adriático socava las riberas de la Istria. Su verdadera patria fué Trieste. Fué marino y honró la profesión. Todo estaba por crear: gracias á esfuerzos dignos de elogio, él logró constituir, para el mayor provecho de su país, una fuerza naval no muy importante todavía, pero ya respetable. Durante algunos años paseó el pabellón del imperio por todo el Mediterráneo. Mucho más tarde, lo hizo ondear hasta

(1) Véase Manuel Doménech, *Juarez y Maximiliano, Correspondencias inéditas*, tomo III, págs. 156-158.

en las costas del Brasil. En tan remotas excursiones mostrábase almirante y príncipe, pero, más que nada, se mostraba artista. Buscaba en todo la poesía de las cosas y le gustaba bajar á tierra, ya para observar los monumentos de las civilizaciones antiguas, ya para estudiar prácticamente la botánica que cultivaba con ardor. De vez en cuando consignaba sus impresiones en una especie de diario en que se manifiesta sin reticencias, con su afición á los viajes, su desdén por las cosas vulgares, su espíritu más vasto que preciso, sus facultades más distinguidas que superiores, su alma más simpática que fuerte y sus arranques de ambición, pero de ambición aún soñadora y sin finalidad. En una monarquía absoluta, todo príncipe que se aleja de la corte es fácilmente tachado de liberalismo. Maximiliano pasaba por liberal, y con razón. Lo que era causa de celos en los Estados hereditarios de Austria podía convertirse en ventaja en las posesiones italianas del imperio. En 1857, como Francisco José pensaba atraerse por medio de la suavidad á los que hasta entonces había contenido por medio de la fuerza, confirió á su hermano el virreinato de las provincias lombardo-venecianas. Los italianos han conservado el recuerdo de este príncipe, joven, guapo, esbelto y elegante, verdadera personificación de las razas del Norte en lo que tienen de más refinado y más cumplido. El archiduque llegaba lleno de promesas, y sus palabras, expresión de su alma sincera, no respiraban más que mansedumbre, reconciliación y esperanza. Cavour, que vigilaba allende el Tesino, tembló en un principio, según dijeron, temiendo haber encontrado al hombre que pondría á raya su fortuna. Los italianos resistieron á las seducciones como habían resistido á los rigores. A la hora del *Angelus*, cuando Maximiliano, mezclado con el pueblo y sin ningún séquito, se paseaba por la carrera de la Puerta Oriental, los milaneses se apartaban respetuosamente para saludarlo: si al día siguiente, rodeado de una escolta y en el aparato de su dignidad, se presentaba en público, ninguna frente se descubría. Así marcaban la diferencia entre el particular cuyo liberalismo honraban, y el archiduque de Austria, representante de un régimen condenado. En Viena el partido militar reprobaba todos aquellos inútiles halagos. A principios de 1859, como la guerra parecía probable, el archiduque fué llamado á la capital austriaca. Desde entonces el príncipe vivió algo retirado, en una especie de semi-desgracia, aunque muy dulce y sunfuosa. Cerca de Trieste y en la costa del Adriático, un sitio á propósito para la imaginación de un artista había atraído sus miradas. A fuerza de dinero y sin reparo en dejar escapar todos los raudales de su fortuna, hizo surgir de aquella costa desierta una soberbia morada, el castillo de Miramar. Allí reunió sus colecciones, sus objetos de arte, sus recuerdos de botánico, de arqueólogo y de viajero: allí encontraba de nuevo todo lo que era objeto de su predilección, la flora de las regiones más meridionales, el sol caliente que inundaba los pórticos, el mar de que estaba más enamorado que nunca. Aquellos parajes aún se hallan llenos de su recuerdo y parecen consagrados por su trágica suerte. Las inquietas ambiciones penetraban hasta aquel dichoso retiro, y el reposo mismo era agitado. La vida de familia, lejos de calmar sus deseos, los había espoleado. En 1857, el archiduque se había casado con

Carlota de Sajonia-Coburgo, hija del primer rey de los belgas. Bella, inteligente, instruida, aficionada á los negocios y muy apta para manejarlos, de espíritu resuelto con un ligero matiz imperioso, mezclando en su sangre los ardores de los Borbones con las vehementes ambiciones de los Coburgo, la princesa estaba, como su marido, ávida de grandezas, pero de otro modo, con más precisión en las miras, más perseverancia, más sagacidad para acechar y asir la ocasión. La naturaleza, al

se entablaron algunas negociaciones, aunque muy vagas, con Maximiliano: no se trataba de gobernar en Europa algún pobre estado de tercer orden, sino de regenerar el país de Hernán Cortés, de levantar el imperio de Itúrbide, de poner en práctica los recursos de una de las regiones más ricas del globo. Así hablaron los emigrados mexicanos, pero sin insistir más y sin que el príncipe se dejase persuadir entonces. En otoño de 1861, cuando Francia, Inglaterra y España prepara-



Palacio de Miramar á orillas del mar Adriático

negarle los goces maternales, había llevado á la política todo lo que otros cuidados hubieran absorbido. En los tranquilos esplendores de Miramar sorprendiale de vez en cuando el deseo de desempeñar algún papel brillante, aunque fuese á través de azares ó peligros. Pero, á diferencia del archiduque, no le gustaba inmovilizarse en la región de las quimeras; aspiraba á sacudir las sombras germánicas en que Maximiliano hubiera medido gustoso su pensamiento; y su espíritu resuelto, positivo, ávido de acción, iba á elevarse hasta la realización del designio que su esposo se hubiera quizá contentado con soñar.

Para los príncipes cansados de reposo, Europa tiene de reserva coronas tan pobres de joyas como estrechamente tejidas de espinas. Grecia y los Principados danubianos han sido en nuestro siglo otras tantas salidas para las ambiciones disponibles. Se dice que ya en 1859

ban la Convención de Londres, se reanudaron las negociaciones con el asentimiento del emperador Napoleón, que recomendó la elección del archiduque. A las proposiciones que le fueron transmitidas, Maximiliano dió una contestación que, sin ser decisiva, no destruíó ninguna esperanza: importaba que la nación mexicana manifestase antes sus deseos: mientras esto no ocurriera, todo acuerdo sería prematuro y parecería usurpación del derecho popular. Esta doctrina era la de las Tullerías, y no cabía duda que había sido dictada de París. Durante los meses siguientes, los periódicos franceses discutieron libremente la candidatura del príncipe. Habiendo sido anunciada por el *Morning-Post* (1), el *Monitor* reprodujo en parte el artículo, como para confirmar la información. El rumor circuló con tanta persis-

(1) *Morning-Post*, 4 de febrero de 1862.